

ALFAGUARA



# 4 para Lulú

Víctor Manuel Mendiola





# 4 para Lulú

**Víctor Manuel Mendiola**

Ágata: Cacle, cacle, cacle.  
Alicia: Quicle, quicle, quicle.  
*La Pequeña Lulú*

Two roads diverged in a wood, and I—  
I took the one less traveled by,  
and that has made all the difference.  
Robert Frost, *The Road not Taken*

## I

Cuando despierto en la mañana, todo es negro: el ropero de mi abuela, los muros pintados de rojo melón muy tenue, mi hermano dormido en la otra cama, la fotografía de mi tío con el vidrio roto; pero mi madre nos dice:

—Arriba. Levántense. Se hace tarde.

Y la cortina se parte en dos y las ventanas están abiertas.

Aire. Una lengua de aire. Un sonido de aire. Una brillante trompeta de aire suave. Y ahora los muros, el techo, la fotografía, el rostro de mi hermano y mis pies son blancos.

## II

No me gusta el olor a chocolate con leche, pero me gusta el olor a plátano. Es un olor que viaja entre lo verde de la selva y lo amarillo del sol. Huele bien. Huele a mi casa en el desayuno.

Ayer por la tarde, en la televisión vi a Chita comer plátanos. Les quita la cáscara y se los come de una mordida. Después, feliz enseña la dentadura. Tarzán la carga entre los brazos. La mira. La sonrisa de Tarzán no tiene dientes. Es una línea doblada hacia arriba. Tarzán observa a Chita. Nosotros la miramos. Jane también la ve. El taparrabos de Jane es más grande que el de Tarzán. En los grises de la pantalla adivino los dorados del cabello de la novia del hombre mono.

Chita come plátanos y pela los dientes. Mis amigos — Alejandro, Jorge, Patricia— y yo, echados en el tapete enfrente de la televisión, reímos. Mi madre también se alegra al vernos contentos.

Jane ríe. Su risa sí tiene dientes. Barrita un elefante y Tarzán pone en el suelo a su amiga. Una mancha negra que se mueve como un barco borracho.

Tarzán ya está en el aire colgado de una liana. El rostro de Tarzán viaja entre los árboles. Atenaza una cuerda y escala una enredadera. Se desliza de una rama a otra rama y luego a otra más. Se acuclilla en la horqueta gigante de un laurel y abre sus brazos para tomar aire. Mira abajo la trampa de las lanzas, filosas varas duras apuntando contra él. Levanta la cabeza y observa un horizonte que es un jardín aéreo. Con las manos ahuecadas alrededor de la boca, apretando los músculos del estómago, lanza su grito. La

voz se estira y se afloja. Atraviesa, como la piedra de una honda, la selva. En las copas más altas hay flores, bulbos anaranjados o azules, amarillas bocas de polen, rosas labios velludos. Pero en la pantalla todo es gris.

Pequeños monos en pánico crean una telaraña de movimientos.

Tarzán pone cara de piedra.

La selva enmudece.

La trampa de las lanzas desaparece en el piso falso de hojas.

Con las piernas cruzadas en forma de ganchos, Alejandro, Jorge, Patricia y yo casi no respiramos.

Los árboles transportan al hombre mono, lo empujan hacia adelante. Cae enfrente de un león.

Una niña en una rama se sostiene, temblando entre lágrimas.

El león la observa con una mirada fija. Cuando van a atacar, los felinos no le quitan de encima la vista a la presa. Si das la espalda y corres, ellos inmediatamente comienzan la persecución.

Tarzán se interpone entre la niña y la fiera. Le pone su rostro enfrente. Su ancho rostro de simio, su dura quijada angulosa. No le asusta el rugido, las fauces abiertas y fruncidas. Se abraza con el león. Los leones a veces tienen faz de perro. Una mirada mansa. El hocico cuadrado. El abrazo de Tarzán y del león es fiero, pero amistoso. Se retan a muerte pero nunca mueren. Tarzán conoce a Numa, el rey de la selva, el león de la enorme melena. La bestia se escabulle entre las largas hojas de las palmas y las piedras musgosas. Tarzán se aproxima a la niña. La abraza. Le dice que el león se ha ido. Jane se aproxima corriendo. Sonríe. Resplandece la blancura de su cabellera dorada en la televisión. En la pantalla se empequeñecen las figuras y aparece en blancas letras muy grandes el otro nombre del hombre mono:

Johnny Weissmüller

En las mañanas me gusta cómo huele a plátano.

---

### III

Adelina le ayuda a mi mamá. Después del desayuno recoge los cubiertos y las tazas; levanta los platos. Adelina es roja y fuerte como una caja llena de manzanas. Sus cachetes siempre están como con pena, aunque sus ojos siempre están como con ganas, y sus manos alzan lo que tocan.

Me gusta agarrarme de las manos de Adelina. Cuando jugamos me aprietan y yo las sujeto porque no quiero soltarlas; en sus manos huelo su olorosa fortaleza roja. No me alza pero yo siento que subo.

Ella huele, siempre huele bien. Cuando se agacha, veo que tiene dos frutas abajo de su camisa a la altura de las bolsas.

Adelina es un árbol con dos manzanas colgadas de su pecho. Cuando trato de tocarlas, me quita las manos y me sonrío. Me dice sí, pero me dice no. La huelo.

---

## IV

Mi padre casi no habla. Cuando nos ve, se aproxima y nos besa; puede llevarnos a correr o a tomar un helado; puede tomarnos de la mano y llevarnos del otro lado de la calle. Nos mira, siempre nos mira, pero no nos habla.

---

## V

Mi padre nos espera en la calle con el auto encendido. En las mañanas el coche de mi padre parece un géiser. Vapor y gases. Atrás, el humo del escape; a los lados, una flama blancuzca en cada una de las dos rendijas paralelas de la tapa del motor; y al frente, las emanaciones de agua y aceite de la parrilla cromada.

Nos subimos a los asientos traseros y nos dirigimos a la escuela en nuestro pequeño volcán en movimiento.

---

## VI

En el autom3vil, un olor diferente nos lleva. Sentados en el asiento trasero respiramos ese aroma que s3lo podemos encontrar aqu3. Al comienzo advertimos el aroma de la colonia de mi padre, pero casi al mismo tiempo nos impregna una exhalaci3n de materiales distintos a los de la casa. No es cal, algod3n, cera, lana o alcohol, naftalina o fruta reci3n comprada; tampoco son los olores de los roperos cerrados o de los cofres que mi madre no abre.

El olor que emana del interior del autom3vil tiene un leve tufo a metales y a combusti3n; tan parecido al de una l3mpara de mano con mechero y tan distinto al de una vela.

En las noches, cuando salimos de paseo y nuestro padre prende los faros, mis hermanos y yo metemos nuestra cabeza al chorro de la luz, tocamos los cromos de la defensa y logramos ver la h3lice de ventilaci3n del radiador. All3 est3 el olor. La gasolina consumida del auto crea una burbuja con un ronquido silencioso.

Nos ponemos enfrente del auto y nos miramos cara a cara con el rostro malencarado de nuestro Packard Hawk 1958. Enojado, nuestro padre nos ve con una mirada que nos dice que subamos al carro. Mi madre nos llama y nos pide que lo hagamos pronto para que pap3 no desespere. Pero dentro est3 el olor.

Los autom3viles son animales. Algunos presentan la forma alargada y estilizada de un gusano y otros —como el nuestro— la compacta apariencia de un escarabajo, aunque el modelo se llama Hawk y huele a fierro pulido.

Fuera del carro, las cosas se mueven. Pasan las casas. Pasan los postes de luz. Caminan los 3rboles y las flores de

las terrazas. Corren las lanzas de las verjas verdes o negras. Cruzan veloces los anuncios de las tiendas y los chorros de las fuentes. Dentro, los asientos, el suéter, el traje de mi padre, el espejo, la mochila, el sombrero, el olor permanecen sentados, quietos, con los pies juntos. Sólo los zapatos de nuestro papá se mueven.

Desde la velocidad inmóvil del auto miramos el mundo. El halcón nos hace alzarnos en un vuelo pesado, pero huele a metal.

---

## VII

Los viernes son los mejores días. Aunque la semana termina, parece que va a comenzar. Los autos brillan y las casas y los edificios crecen sin moverse y llega un aire de ramas y hierbas; las calles frías de las mañanas se aclaran en los ruidos de los pasos y de las voces; los pájaros vuelan como redondas balas de piedra; los árboles se estiran un poco más en sus largos brazos; y las mamás, montadas en sus tacones, con la bolsa en la mano, las caras pintadas, ojos muy negros, arrastran a mis amigos con prisa para llegar a la escuela antes de que cierren las puertas.

En el patio, en las largas filas para entrar a las aulas, nos alegramos al percibir el fin de semana. Los niños, en suéteres azules, y las niñas, en rojos, nos vemos como si fuera a cambiar el tiempo de los relojes y las cosas que nos rodean se hicieran más estiradas. Quiero decir algo que no me sale de la boca. Le doy la mano a mi amiga Patricia, que vive en el mismo edificio que nosotros. Con prisa se dirige al lugar de las niñas. Abajo del impermeable, veo cómo se mece su falda plisada en gruesos tablones. Es una persiana que medio oculta sus piernas hasta las rodillas. Me sonrío desde la otra hilera y mira sus zapatos. Me llega el olor de las plantas húmedas y de la tierra mojada. Las flores de las jardineras empujan la luz. Patricia también las mira. Le gustan las blancas. A mí me gustan las rojas, encima de anchas hojas verdes donde descansan las cochinillas y se escurre el agua en hilos de pequeñas gotas hasta volverse diminutas. A nosotros nos gusta verlas y contarlas.

Metó las manos frías en mis bolsillos. Arrojo una lengua de vapor por la boca. Algo va a suceder. Jorge deja es-

capar una flama de humo blanco de sus labios. El vapor se disipa. Ya llegó eso que nos ronda. Se me viene encima. Está aquí, junto o adelante. Quizá viene de arriba. Se me mete en la chamarra. Mi compañero de adelante tiembla de frío. Alejandro allá, en medio de la fila, se frota las manos. A él le entró lo mismo que yo siento. Alejandro se sale de su lugar en la fila. Se acuclilla y estira una pierna. La recoge. Estira la otra. La alarga todavía más. De un salto está de pie y mira a su alrededor con su amplia cara oscura de sol negro. Esta mañana se siente diferente. Con su baraja española en la mano, Patricia me mira desde sus ojos azules. Sus zapatos brillan de limpios. Ella lo tiene también. Me gustan sus rodillas con hoyuelos y sus calcetines que le llegan a los tobillos. Muchas veces la veo mirándome de reojo. Ella lo tiene. Lleva un impermeable color gris perla. Disfruta que llueva, aunque sean unas gotitas, porque le gusta su impermeable que tiene una capucha invisible escondida detrás del cuello en una bolsa invisible. Ella lo tiene, por eso se frota las manos y las lleva a su boca para darles calor. Ella lo tiene. De sus labios se escapa el vapor que se prolonga por veinte centímetros. Miramos a la maestra y nos damos cuenta de que a ella también se le ha metido eso que no deja de buscarnos, de movernos hacia dentro y hacia fuera. Los viernes crecemos. Nos volvemos más grandes. Nos estiramos.

La maestra Laura da órdenes con el micrófono en la mano, apuntando a su boca; autoriza a subir las escaleras al grupo 5° "A". Se metió en mi pantalón. Lo tengo de nuevo. Las canicas se revuelven en mi bolsillo.

---

## VIII

El rostro de la maestra tiene una frente grande y enormes ojos caídos, rodeados de una raya negra. Ella es una línea, como el dibujo de la página del libro. Su cabello cae alrededor de la cara en una mancha igual que en el papel de mi texto. Tiene piernas largas, caderas amplias como una canasta grande, vacía y a punto de llenarse; pechos pequeños. En el pizarrón, la maestra dibuja una barca egipcia, dibuja la barca donde ella navega en un hilo de agua.

La veo viajar en el hilo de un río. Se sostiene en una cuerda de agua sobre el pizarrón. No dice nada, pero la circundan cruces con cabezas de globo y pájaros aplanados en forma de estampilla. Cocodrilos que caminan en dos pies, de perfil, con sus largas fauces llenas de dientes filosos.

—La ciudad de la reina —escucho que dice su voz— ya no existe. Sólo quedan ruinas. Nichos carcomidos por el aire caliente. Columnas rotas. Pesadas agujas de piedra despostillada. La reina era muy blanca, igual que una nube cuando hay mucho sol y todo se mueve muy lento. La ciudad de la reina era magnífica. En sus muelles atracaban los barcos, en sus edificios los muros hablaban, en sus calles los animales comían. La mirada de la reina era astral y omnipotente y ella estaba radiante en su blancura. Pálida como el nácar, limpia como la leche.

Nuestra maestra va al escritorio y cruza las piernas. Ve nuestros ojos tan atentos. El ojo de ella es el ojo de la reina; los ojos de nosotros son un espejo roto en cuarenta pedazos donde ella se mira cuarenta veces mientras habla.

—Hay distintas formas de embalsamar el cuerpo. En Egipto extraían las vísceras. El cerebro lo drenaban por las fosas nasales, después de romper el tabique, donde comienza la frente. En otros sitios disecaban el cadáver con todo y órganos, colocándolo en una silla abajo de la cual encendían un fuego lento, formado de leña y hierbas aromáticas. También ponían vasos abajo del asiento, para capturar los fluidos corporales. Hay mucha agua en nuestros órganos. Al cabo de tres meses, el cadáver estaba ahumado y empequeñecido. Era una momia encogida. La muerte tiene muchas formas.

Se queda un momento callada, mirándonos.

—Las momias egipcias están más y, al mismo tiempo, menos secas. Deshidrataban el cuerpo con una tierra que absorbía los humores y como los encargados de embalsamar habían extraído los órganos, disecar el cuerpo era más sencillo. Después sepultaban al difunto con distintos grados de ceremonia, según su alcurnia. Nosotros, aquí, enterramos a nuestros seres queridos y, en su día —el 2 de noviembre—, les llevamos de comer o, si no, les hacemos un lugar en nuestra mesa. Siempre pensamos en comer.

La maestra Laura nos observa, mira los cuarenta espejos que la reflejan. Apenas parpadea como si continuara hablando. Vuela su pensamiento. *¿Me escucharán o se fueron a otro sitio? ¿Están impresionados o no les importa? A mí de niña sí me gustaba que me hablaran de la muerte. No me desagradaba. Mi papá vio con sus amigos, cuando todavía era soltero, a un ahorcado. Se mecía con el viento y se le paraban las moscas en la cuenca de los ojos. Mi papá perdió a su padre de muy niño y tuvo que vivir con su abuelo. Mi padre me contó cómo tuvo que salir adelante él solo y cómo su abuelo se casó con una negra, cuando era todavía joven. Fue difícil, pero funcionó. El rostro de mi padre es redondo, rosado y su cabello es rojo, pero si te fijas bien, hay en su circunferencia otro trazo, una gota de tinta. Yo tengo algo de mi padre y me gusta el calor y la música y bailar, por mi bisabuela, la negra. Mi padre se hizo solo, pero en realidad se hizo hombre cuando conoció a mi madre.*